

Canal animal

Hace dos días que estoy de vacaciones. Hacía mucho tiempo que las necesitaba pero el quehacer diario y ese plus de obsesión que suelo agregar a la cosas que hago impedía que tuviera el digno descanso que merece alguien con la dedicación que mi profesión requiere. Dirijo la filial local de un gran operador de cable de televisión satelital. Actualmente hay cuarenta y dos señales que retransmitimos desde nuestros estudios. Es un servicio de veinticuatro horas por siete días y suele haber problemas todo el tiempo de muy diversa índole. Económicamente es muy bueno así que no me quejo. Ayer, estuve acostado leyendo el final de una novela que tenía inconclusa hacía más de cuatro meses. A la noche fui hasta el centro en auto, estacioné y caminé un rato sin rumbo. Después comí mariscos en un restaurante de moda y volví a casa. El cuerpo tarda en relajarse cuando se interrumpe una tarea tan intensa y demandante. La mente sigue resolviendo problemas que quedaron pendientes y para mí es difícil cambiar de tema. Por eso es que hoy dormí hasta esta hora. No quiero pensar en nada, aunque prendo la tele. Me prometo que solo voy a ver programas, no estadísticas de encendido, cantidad de películas rentadas o inconvenientes con subtítulos. Quiero ver el resultado de los partidos de fútbol, con quien sale la vedette de moda y si va a llover a la tardecita, sólo eso. Empiezo a recorrer la grilla con el control buscando algo que me atraiga. La sintonía me lleva de los noticieros a los canales de interés general, de ahí paso a los deportes, navego los canales eróticos y los internacionales. Cuando la grilla debería recomenzar y encontrar los canales de aire, encuentro una señal nueva. Me sobresalto. Físicamente es como una descarga de adrenalina que me hace sentar y quedarme viendo la pantalla buscando una explicación a lo que hay ahí. En el canal 137, que debería estar definitivamente vacío pues la concesión de señales solo cubre hasta el 122, la RAI, tengo la imagen de una sala de estar. Parece que alguien

ha instalado una cámara casera y está transmitiendo una escena surrealista: en el sofá, ubicado de frente a la cámara hay un mono sentado con un control remoto en la mano. El animal parece estar mirando de frente a la cámara, como si ella fuese un televisor. Saco las sábanas y me siento a los pies de la cama. El mono sigue mirando a la cámara. No me doy cuenta si la transmisión tiene sonido o no, así que apunto el control al tele y subo el volumen. El simio hace lo mismo que yo. Compruebo que efectivamente hay sonido de origen. Tengo que llamar a la oficina y preguntarle si están viendo esto. Supongo que no porque en ese caso me hubieran llamado. Doy un salto para buscar el celular y entonces el mono se asusta. Hace el cuerpo hacia atrás y apunta con el control. Supongo que fue una coincidencia. Voy a la cocina y vuelvo con el teléfono. El animal se ha parado y está a centímetros de la cámara, como buscando algo. Cuando regreso se vuelve al sillón y apunta con el control nuevamente. Veo la barrita verde del volumen que baja hasta quedar casi en cero. Entonces con mi control vuelvo el volumen al nivel que lo había dejado y me quedo esperando. Mi cabeza está a punto de explotar. Lo que suceda a continuación puede mandarme derecho al manicomio. El mono levanta el brazo, dirige el infrarrojo hacia delante y vuelve a bajar el volumen. Me quedo en blanco. Petrificado. Ahora vuelve a apuntar con el control y aparece en pantalla el parlante tachado. Y ahí quedo sordo.

El miedo empieza a invadirme desde cada rincón, el pánico me desencaja. Se me cae el teléfono. Lo veo pegar contra las baldosas negras, pero no lo escucho. Miro la pantalla y el animal sigue con el brazo estirado hacia la cámara. Veo que mueve los dedos y la señal del color aparece y baja hasta desaparecer. Y ya no veo los colores. Busco con la mirada pero solo hay sombras. Me doy cuenta que subió el contraste y

empiezo a ver manchas blancas y negras. Quiero escapar de acá pero el mono cambia de canal.